



**PATRONES Y PROCESOS CONTEMPORÁNEOS
EN LA EMIGRACIÓN CANARIO-VENEZOLANA**

LUISE MARGOLIES DE GASPARINI

La emigración de las Islas Canarias hacia el Nuevo Mundo se ha interpretado, por mucho tiempo, como una especie del exceso de población y el alivio de las presiones demográficas y económicas. Este argumento se ha aplicado tanto a las fases históricas de la emigración canaria a las Américas, como a las fases más recientes de los éxodos masivos ocurridos después de la Segunda Guerra Mundial. Por lo demás, la migración se ha contemplado mayormente como proceso en una sola dirección, como emigración o movimiento hacia algún país extranjero, cuyas consecuencias las experimenta únicamente el país de procedencia. Aún en los estudios más recientes, donde entra en juego el concepto de la migración de regreso, el fenómeno ha sido percibido invariablemente en términos de las consecuencias para las Islas Canarias.

ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS

En mi condición de antropóloga que ha estudiado los procesos de la migración canario-venezolana durante los últimos dos años, intentaré señalar algunos dilemas importantes, teóricos y metodológicos, que se presentan en el enfoque de la migración. Primero, debemos lograr un equilibrio entre macro y micro análisis, entre análisis demográfico, económico e histórico que generalmente no toman en cuenta a los migrantes mismos debido al interés por aclarar el cuadro general, y comparar dichos métodos con los microanálisis que se concentran en los individuos y sus motivaciones, tal vez con demasiada intensidad y con insuficiente consideración de los variables globales. No es tarea fácil. No queremos

asignarle importancia bíblica en las historias de los individuos y sus razones para reubicarse en un país diferente; tampoco deseamos caer en la trampa de los determinismos económicos y demográficos, como acontece frecuentemente cuando se centra la atención exclusivamente en el contexto más amplio. El análisis ideal debería integrar las historias de las vidas de los individuos y sus razones personales para migrar (éramos pobres, teníamos hambre, yo necesitaba dinero, quería echar hacia adelante en la vida) con las múltiples variables que ocurren en la comunidad, con los crecientes niveles comunitarios, regionales y nacionales que ocasionan impactos en el resultado de la estrategia migratoria. Los recientes acontecimientos en el Medio Oriente han demostrado cuán sensibles son las porciones del sistema mundial —las tensiones en aquella región han elevado al doble los precios del petróleo, lo cual es una virtual bendición para Venezuela— tal acontecimiento, aparentemente muy distante de la realidad de las Islas Canarias, influirá indudablemente sobre la situación de los canarios residentes en este país.

El segundo dilema es nuestra tendencia casi natural, no obstante el enfoque científico, a apuntar hacia los temas cercanos a nuestro entorno. Así, los estudiosos de las Canarias tienden a contemplar el fenómeno migratorio desde una perspectiva enteramente canaria, mientras sus iguales en Venezuela se inclinan a examinar las consecuencias que sobre su propia sociedad tiene la inmigración en gran escala. En el caso de la migración canario-venezolana, el campo ha estado virtualmente dominado por los investigadores de las Islas, y el resultado ha sido una interpretación relacionada con los acontecimientos de las Canarias y unas explicaciones simplistas. Por ejemplo, la emigración isleña hacia Venezuela ha sido explicada en términos de «sequía», «epidemia», «hambre», «escasez», etc. Una mirada a la historia de las Islas Canarias nos muestra que estos fenómenos son en realidad de carácter cíclico y han aparecido una y otra vez por cientos de años. No constituyen las razones para la migración de la gente durante un período en particular, y tampoco explican el por qué de la migración en sí. De modo casi inconsciente hemos particularizado el fenómeno migratorio ignorando el cuadro en su conjunto. Muchos de mis colegas me han comentado que no comprenden por qué Venezuela ejerce tanta atracción sobre los canarios. Siento que aunque yo presentara un análisis profundo sobre la economía petrolera venezolana para explicar dicha atracción, mi respuesta estaría incompleta. ¿Qué estaba sucediendo, no



tan sólo en Venezuela, sino también en el resto de las repúblicas americanas, para que hubiera una violenta reorientación del flujo migratorio procedente de las Islas Canarias? ¿Por qué casi de la noche a la mañana Venezuela se convirtió virtualmente en el nuevo refugio de los isleños? ¿Cuáles fueron los factores determinantes en la ida masiva de personas procedentes de la provincia de Santa Cruz de Tenerife, mientras la de las Palmas permanecía inmune a la alternativa trasatlántica? También cabría preguntarse sobre la posición de las Islas Canarias con relación al resto de España, y su particular combinación de aislamiento espacial y político —su insularidad— como factor en el proceso migratorio. La tendencia a polarizar conceptualmente el espacio nos ha impulsado a examinar, bien el país de origen o el de destino, a clasificar mecánicamente las variables como factores de «empuje» y «hale». No obstante los adelantos alcanzados en la teorización del proceso migratorio, solemos todavía caer en la trampa del modelo «bipolar» (ver Uzzell 1976) en lugar de fijarnos en los acontecimientos procedimentales que contribuyen a la formación de un sistema migratorio. Las orientaciones teóricas de hoy enfatizan la compleja interacción entre acontecimientos regionales, nacionales e internacionales, la interrelación entre país remitente y país receptor, y al mismo tiempo valoran los niveles concretos del análisis que se dirige a los mismos actores (ver Buechler 1987) y sus estrategias individuales. Y como nos movemos dentro de un imperfecto ambiente de laboratorio —la población humana— nuestros análisis podrán incluir aún algunos factores elusivos, imposibles de ser definidos por los científicos sociales, ni de ser verbalizados por los informantes.

Un tercer dilema en la conceptualización del proceso migratorio para romper definitivamente con el modelo bipolar significa considerar la migración como una serie continua, dinámica y procedimental de acontecimientos y no un hecho aislado que ocurre una vez y luego concluye. La razón parcial de esto es que el hecho migratorio puede ser considerado como dato estadístico y cuantificado del mismo modo que los nacimientos y las muertes. Desafortunadamente, al enfocar la migración como una estadística, ensombrecemos los flujos del proceso y convertimos un fenómeno prolongado en un hecho estático, ahistórico. Más importantes son los inconvenientes metodológicos que acarrea el efectuar trabajo de campo o investigación en el país de salida o el de entrada, y luego tratar estos países, con propósitos heurísticos, como campos separa-



dos de análisis. Mi propio trabajo de campo tanto en las Islas Canarias como en Venezuela, consistió en extensas sesiones de campo en cada región, así como viajes de ida y vuelta, en un intento por superar la miopía metodológica. Otra forma de enfrentar nuestras fallas metodológicas consiste en la realización de investigación conjunta, no sólo en diversas disciplinas, sino a través de fronteras.

Los resultados obtenidos cuando se tratan el país de origen y el país acogedor como dos áreas diferenciadas, se han manifestado en dos vertientes. Por una parte, hemos querido caracterizar el acto migratorio como un movimiento permanente de un punto A a un punto B, que al llegar a su conclusión se transforma en un hecho histórico. Y por otra parte, nos hemos inclinado a enfocar a los actores físicos mismos, los participantes en el proceso, ignorando por lo general el contexto social dentro del cual se desenvuelve inevitablemente el drama. Al conceptuar la migración como hecho histórico y a la vez acto individual, bajo denominaciones unilineales como emigración canaria al Uruguay, a Brasil, Cuba, y más recientemente, Venezuela, hemos dejado de comprender que la migración ocurre en diferentes direcciones y que estos movimientos son simultáneos. Si algún principio teórico ha resistido la prueba del tiempo por más de un siglo, es aquel de Ravenstaein que afirma en forma inequívoca que por cada corriente migratoria que nace, se desarrolla también una contracorriente (como está explicado en Lee 1969). La migración se opera en creciente flujo al ocurrir un determinado impulso, porque la migración genera migración. La migración no es sólo un acto físico aislado, sino una estrategia que envuelve también consideraciones familiares. La constante movilidad desde un punto de vista estructural es parte inherente del proceso migratorio, y la emigración y el retorno son facetas integrales del mismo fenómeno. En realidad, como sucintamente lo expresó George Gmelch, la migración de regreso «es la culminación natural del ciclo migratorio» (1987: 133). Por tanto, la migración debe ser conceptualizada no sólo como movimiento emigratorio de un punto a otro, sino como un prolongado fenómeno dentro del cual la migración de retorno es la conclusión lógica del proceso. Como anota Gmelch, la migración de regreso es no sólo «el cumplimiento de aquello que casi todos los emigrantes desearon siempre hacer» (1987: 133), sino que además, este retorno puede ocurrir meses, años, y aun décadas, más tarde. Aún más: la emigración de retorno es tan sólo uno de los parámetros: los regresos de corto plazo, las dobles residencias, y hasta la





reemigración constituyen asimismo aspectos viables del dinámico proceso migratorio. No podemos conformarnos hoy con el paradigma estático que conceptúa la migración como un fenómeno único temporal, unidireccional y de naturaleza permanente. Acontecimientos que trascienden el proceso y factores globales intervienen todos para reafirmar que los múltiples flujos que circulan en diferentes direcciones constituyen modos más realistas para el enfoque de la migración.

EL CONTEXTO DE LA EMIGRACIÓN DE POSTGUERRA

La masiva inmigración de europeos que caracterizó los movimientos de población hacia América Latina desde mediados del siglo pasado hasta la Primera Guerra Mundial, no ocurrió en Venezuela hasta mucho después de la Segunda Guerra Mundial. Entre 1854 y 1924, once millones de europeos emigraron hacia Latinoamérica en las siguientes proporciones: 38 por ciento de italianos, 28 por ciento de españoles y 11 por ciento de portugueses. Argentina, Brasil y Uruguay absorbieron alrededor del noventa por ciento de estos contingentes (Morner 1985: 55-61). Curiosamente, a pesar del hiato ocasionado por dos guerras mundiales y una recesión universal, los nativos de Europa siguieron viniendo en las mismas proporciones, y la Argentina y Brasil continuaban atrayéndolos en mayor número. No obstante, Venezuela comenzó a figurar como importante punto de destino, acogiendo casi el 40 por ciento del millón de inmigrantes atraídos hacia los principales países de recepción (Argentina, Brasil y Venezuela). Las cifras netas de inmigración a Venezuela totalizaron más de 400.000 para el período de postguerra entre 1948 y 1961 (Berglund 1980: 83). El nivel de inmigración masiva se reflejó en el vertiginoso crecimiento de la población venezolana; la población total del país creció en 50 por ciento, de 5 millones aproximadamente a 7.5 millones (Díaz Sánchez 1975: 348). Por lo demás, Venezuela se convirtió en el principal punto de destino de los inmigrantes españoles, que para finales de los años cincuenta sobrepasaron en número a los italianos. Los registros españoles sobre salidas de pasajeros para ese período indican que los isleños canarios constituían más de la tercera parte del conjunto español (Estadística Transoceánica).

¿Por qué los canarios ahora se adelantaban a sus paisanos en el apuro por abandonar España, y por qué Venezuela se convirtió en la zona estrella de atracción en el período de la postguerra, al recibir más del 90 por ciento de los isleños canarios que viajaban a América? Una mirada al contexto global aclarará el proceso. Las razones de este masivo éxodo de postguerra desde las Islas no difieren de aquéllas en las anteriores fases de la emigración —crisis en la cosecha de exportación, sequía, pérdidas de las cosechas, etc.— pero el período siguiente a los largos años de la guerra civil y la postguerra son recordados por los canarios como los años peores. Ellos sufrieron tremendas privaciones, carentes de asistencia por mucho tiempo. Los alimentos primordiales estaban racionados, la dieta resultaba poco atractiva por su monotonía, y la economía se hallaba totalmente descapitalizada. No sólo había escasez de moneda: virtualmente no existían salarios ni trabajo fuera de la huerta familiar. Cuando llegaron a las Islas las noticias de las increíbles oportunidades disponibles en Venezuela, se lanzaron fuera de su tierra los isleños en edad de hacerlo, desencadenando un movimiento migratorio que continuó creciendo durante el siguiente cuarto de centuria. Como la migración había sido por espacio de siglos elemento intrínseco de la historia de las Islas Canarias, era perfectamente normal pensar que la emigración constituía la solución lógica, y efectivamente, la única alternativa, para la penosa situación de los isleños pasadas las guerras. Como complemento de este estado de cosas, los disidentes de cualquier bando político que no habían congeniado con la España de Franco, fueron prácticamente obligados a abandonar su país si aspiraban a encontrar trabajo o ejercer una profesión. En consecuencia, las consideraciones políticas y económicas aunadas a la tradición migratoria y un toque de sentido aventurero, conspiraron en favor de la salida de los primeros contingentes por todos los medios posibles. Antes de que Venezuela y España hubieran reestablecido relaciones diplomáticas, con la correspondiente autorización de las salidas, unos doscientos veleros abandonaron clandestinamente las islas y pudieron llegar a Venezuela sin mayores trastornos.

En contraste, la situación de Venezuela era ideal para el ingreso de enormes y aparentemente interminables masas de inmigrantes. En primer lugar, la economía venezolana arrancaba de manera voraz, habiendo culminado con éxito su transformación de economía agraria basada en la exportación de café a la posición de princi-





pal productor de petróleo a escala mundial. En pocas palabras, Venezuela experimentaba un «boom» cuyas repercusiones se sentían en cada sector de la sociedad. Decir que las calles de Venezuela estaban pavimentadas de oro no era una exageración en las mentes de los canarios que escuchaban las más increíbles historias de cómo era de fácil hacer dinero en Venezuela. Ni las serpientes, ni el calor tropical, ni la larga travesía en barco detendría a los futuros emigrantes que no anticipaban posibilidad alguna de mejorar su situación si permanecían en la patria. Venezuela necesitaba gente, no sólo en el campo, sino también en las ciudades en crecimiento. El período de la postguerra inició serios esfuerzos por desarrollar el país, en el área industrial e igualmente en la agricultura. El Instituto Agrario Nacional solicitaba diligentemente trabajadores durante el período de los años cincuenta y posteriormente la implementación de un programa nacional de reforma agraria incluía planes para traer colonos agrícolas europeos. El desarrollo industrial, fuera del campo petrolero, estaba en pañales pero se requería mano de obra para las industrias manufactureras, la construcción, los servicios, y otras ramas. El gobierno de Pérez Jiménez (1952-1958) elaboró numerosas publicaciones destinadas al exterior (ver, por ejemplo, Venezuela 1955), con el fin de presentar a todo el mundo una nación moderna. La política de inmigración era de puertas francamente abiertas. Además de las personas traídas por el IAN, los europeos entraban a Venezuela con un visado provisional que sería fácilmente convertido en residencia permanente después de un año. El único requisito indispensable era la buena salud, pues el país deseaba importar una activa fuerza de trabajo. Esta política de apertura inmigratoria se prolongó hasta bien entrados los años sesenta gracias a los esfuerzos del presidente Betancourt por sembrar el petróleo y poblar la nación. Donde fuera necesario había funcionarios que facilitaban el papeleo, y era fácil para cualquiera que quisiera de veras emigrar a Venezuela, eliminar cualquier impedimento que surgiera. Desde 1950 hasta mediados de los años sesenta el flujo emigratorio procedente de las Islas Canarias se mantuvo en continua fase de expansión como resultado de un fortuito conjunto de circunstancias en el que la política gubernamental, la creciente urbanización y la industrialización suministraron el entorno perfecto.

Permitanme describir brevemente las características más destacadas de los emigrantes y el proceso de su incorporación a la sociedad venezolana. El migrante típico era un hombre activamente



productivo de origen rural, de alguna instrucción primaria y escasa experiencia laboral fuera de la huerta familiar. Sus edades estaban entre la adolescencia y la temprana madurez, pero el conjunto de la comunidad de emigrantes era similar en sus antecedentes culturales, sus experiencias vitales y sus objetivos. El proceso de la decisión de viajar había sido relativamente sencillo, pues la joven generación de postguerra veía la emigración como única solución viable, relacionada con la depresión de la economía insular. Los hombres migraban solos, pero en realidad no estaban solos. La mayor parte de los emigrantes procedían de familias campesinas cuyas normas de mutua colaboración y apoyo moral mantenían unido al grupo familiar. La familia seguía sirviendo de centro de recursos para la persona ausente, y suministraba apoyo emocional, dinero para el pasaje, y cartas de llamada y ofertas de patrocinio desde el exterior. Los migrantes viajaban solos porque la huerta familiar no podía repentinamente privarse de sus trabajadores más fuertes, y por lo demás, era seguro que los migrantes proveerían de ayuda financiera y moral a los familiares que les siguieran. La migración individual constituía el modo menos costoso de alcanzar los objetivos.

Los primeros años posteriores a la llegada a Venezuela se caracterizaban por su gran inestabilidad. Normales eran los frecuentes y numerosos cambios de residencia, de trabajo y de asociaciones laborales. Los migrantes invariablemente encontraban trabajo a los pocos días de su llegada, y contaban con sus paisanos para obtener información sobre las oportunidades. Luego, a medida que se estabilizaba la situación del empleo, el migrante comenzaba a enviar remesas a la familia, para cancelar sus deudas y para aliviar la situación en el hogar. Debido posiblemente a sus antecedentes rurales, los canarios siempre se han inclinado al auto-empleo, e introdujeron numerosos servicios en el creciente mercado urbano. Se vio entre ellos también la tendencia a especializarse ocupacionalmente conforme a sus lugares de origen, situación derivada de las primeras redes sociales utilizadas para obtener trabajo. Por ello, los lecheros proceden de la isla baja de Tenerife, los fruteros de los barrios de Icod, los distribuidores mayoristas de frutas son de El Hierro, los agricultores son siempre palmeros, etc.

La integración de los isleños canarios a Venezuela constituye una verdadera historia de final feliz. Aquellos que permanecieron después del período inicial de adaptación, o han traído a sus familias o se han casado aquí. Los hombres se han nacionalizado, no por

razones de conveniencia laboral únicamente, sino porque se sienten «venezolanos». Los emigrantes y sus familias mantienen una doble lealtad: una a Venezuela, su patria de adopción, cuya dinámica económica les dio la oportunidad de alcanzar una existencia estable de clase media, y la otra, a las Islas Canarias, el nostálgico nexo afectivo que permanece latente y al cual se acudirá cuando fuere necesario.

LOS PATRONES DEL RETORNO

¿Cuándo deja un migrante de serlo? Un cuidadoso examen de los recientes acontecimientos nos demuestra que la respuesta debe ser: ¡nunca! A pesar del grado de adaptación al país anfitrión, el nivel de integración económica y cultural y la fuerza de identificación con la sociedad que lo ha acogido, para él la posibilidad del regreso está siempre presente. A decir verdad, la migración es permanente tan sólo en sentido retrospectivo; los diversos tipos de retorno son aspectos intrínsecos del proceso migratorio, y la formación de articulaciones entre las sociedades remitentes y receptoras facilita el flujo de personas y recursos en ambas direcciones. La dirección, el ritmo, y el volumen de las corrientes son variables resultantes de las condiciones externas y en su interacción constituyen un sistema migratorio. Recordarán que he mencionado cómo la migración genera migración, y ello se debe a que los migrantes forman parte de unas redes sociales que eslabonan los lugares de destino y de origen hasta formar un sistema integral. Es cierto que la migración genera migración, pero igualmente es cierto el siguiente corolario: la migración de retorno genera otros retornos. ¿Cuáles son algunos de los factores que afectan la dirección y la tasa de las corrientes migratorias? Abarcan factores socioeconómicos, políticos e institucionales, emanados de las fuentes ubicadas a los extremos de las áreas del proceso, y también los impedimentos globales como la distancia, las políticas gubernamentales, los costos, etc. (Lee 1969: 285-288). A un micronivel, las diferenciadas percepciones de los migrantes en cuanto a estos factores afectan igualmente la naturaleza del flujo. Son personas que reevalúan constantemente su situación, y a medida que cambian sus necesidades, cambian sus percepciones subjetivas sobre los factores eternos.





En cuanto al proceso migratorio venezolano-canario, los retornos de diferentes tipos han constituido una fase axiomática. Los isleños emigraron a Venezuela con intenciones vagas y planes vagos. La idea generalizada era pasar algunos años en Venezuela, ganar dinero, y regresar. La «ideología» del regreso estaba presente desde el comienzo porque los emigrantes pensaban regresar eventualmente a su patria. Las biografías de los migrantes en Venezuela indican que éstos vivían al principio muy frugalmente, ahorrando para luego invertir en Canarias. Pronto se desarrolló un patrón de migración de retorno cíclico temporal. Los emigrantes pasaban unos cuantos años en Venezuela, amasaban una suma específica, y regresaban periódicamente a la familia y la huerta familiar. El patrón podía repetirse por muchos años hasta que el migrante y su familia finalmente se reunían. Muchos de ellos, una vez alcanzadas sus metas en Venezuela, regresaban para siempre a las islas y no volvían a repetir la experiencia migratoria. Otros trasladaron sus familias a Venezuela y alcanzaron un confortable nivel de integración.

A mediados de los años sesenta las corrientes migratorias habían llegado a su madurez. Ya había descendido definitivamente la fiebre que había impulsado a tantos isleños hacia Venezuela en números masivos. En las Islas, las condiciones de postguerra habían mejorado con las continuas remesas desde Venezuela, y a consecuencia del florecimiento de la naciente industria turística. Venezuela, por otra parte, acababa de sobrevivir a las sacudidas económicas y políticas que siguieron a la caída del régimen de Pérez Jiménez y el establecimiento de un gobierno democrático. El número de ingresos disminuyó ininterrumpidamente, mientras la proporción de los retornos aumentaba gradualmente. Una mirada a la cifra de individuos repatriados a finales de los años sesenta indica que el saldo migratorio era ahora negativo (Estadísticas de Migración Exterior 1967). Si pudiéramos incluir también a los emigrados que regresaban sin gozar de la repatriación, la contracorriente sería aún más impresionante. Sin embargo, a mediados de los años setenta ocurrió un breve resurgimiento de la emigración. Mientras los migrantes laborales europeos se vieron obligados a regresar a sus países por causa de la recesión de origen petrolero, Venezuela, rica en petróleo, experimentó una prosperidad sin paralelo, atrayendo a jóvenes isleños canarios cuyas historias familiares incluían numerosos emigrantes de la época de la postguerra.



Recientes acontecimientos indican que la permanencia en Venezuela está siempre abierta a reevaluación a pesar de su aparente longevidad en el país anfitrión. Durante los años ochenta, la crisis fiscal de Venezuela que condujo a un devaluado y fluctuante control de cambio, influyó considerablemente en los canarios de ultramar, acostumbrados a una tasa de cambio estable y favorable en extremo. El creciente deterioro económico culminó con los motines, saqueos y la imposición de la ley marcial en 1989. Los venezolanos se estremecieron, no sólo por la violencia y lo inesperado de los acontecimientos, sino por el temor de un golpe militar. Sobrevino una calma superficial, pero los motines reflejaron el sentimiento popular de que sólo un milagro podría restablecer el antiguo nivel de prosperidad del país. Muchos isleños se vieron afectados, pues estaban entre los comerciantes cuyos negocios habían sido saqueados. Abundan los rumores de futuros saqueos; en síntesis, reinaba una atmósfera de inseguridad, estimulada por el sostenido descenso de la moneda venezolana. Los canarios comenzaron a poner sus pasaportes al día y a obtener documentos españoles para sus hijos, venezolanos de nacimiento. En 1987, únicamente 464 personas abandonaron Venezuela rumbo a las Islas y solicitaron el subsidio de desempleo destinado a los emigrantes que regresan. Pero en 1989, el año de los disturbios, más de mil individuos enviaron sus solicitudes, y las cifras correspondientes a ese año, indican por el momento que esta tendencia continuará sin modificaciones (Instituto Español de Emigración, Tenerife).

Las entrevistas con los emigrantes de regreso en la Dirección Provincial del Instituto Español de Emigración en Tenerife el pasado mes de mayo demuestran que la situación de las Islas Canarias ejerce poca influencia sobre este nuevo patrón de migración de regreso. Los acontecimientos atípicos, singulares, de Venezuela, han ocasionado un fuerte rebote, impulsando a las personas a regresar, por temor y dudas en cuanto a su futuro bienestar. También han tomado en cuenta la entrada en años de la población de emigrantes, pues los extraordinarios beneficios ofrecidos por el gobierno español a los que retornan, han servido para suavizar el impacto para una población de avanzada edad, necesitada de pensiones y asistencia de salud.

Es más difícil el retorno hoy, que al momento de la partida inicial, ejecutada por una población joven, apuntalada por ilusiones y proyectos hacia un futuro desconocido. Los que regresan traen lazos



afectivos hacia su hogar de adopción, y nacionalidades dobles, y deben enfrentar un proceso de gradual reincorporación a un país que a partir de los años de postguerra se ha transformado drásticamente. No obstante, como ha señalado el sociólogo Richmond, «mientras más fuerte sea la similitud entre las características lingüísticas, culturales o económicas de las áreas remitentes y receptoras, y más fuertes los nexos de comunicación entre ellos, mayores probabilidades hay de que los migrantes regresen a su lugar de origen» (1984: 279). Este particular proceso de retorno ha sido estimulado por la evaluación de los migrantes de la situación socioeconómica en el país anfitrión, que hace menos deseable la permanencia en él, si se consideran los beneficios ofrecidos por el gobierno español a los nacionales que regresen. La red familiar extendida, firme a pesar de los años de separación física, ayuda a los recién llegados a ocupar el lugar que les corresponde en la sociedad local y les suministra la retroalimentación requerida para reincorporarse.

Dudo que esta fase actual de la migración de retorno sea inmutable. Los isleños canarios de Venezuela en su mayoría consideran que este país es su escogencia definitiva, y por lo demás, la naturaleza de este patrón de retorno deja abierta la vía para ulteriores variaciones como la reemigración y arreglos bilaterales. No debemos perder de vista la circunstancia de que la composición y las características de las corrientes migratorias están en constante transformación, y constituyen sensibles indicadores, no sólo de los macroacontecimientos y las políticas oficiales, sino de las consideraciones pragmáticas de los participantes individuales que reevalúan habitualmente su status migratorio.



BIBLIOGRAFÍA

- DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón (1975): Evolución de Venezuela. (Hasta 1960). En VENEZUELA INDEPENDIENTE. EVOLUCIÓN POLÍTICO-SOCIAL 1810-1960. Mariano Picón-Salas, Augusto Mijares, Ramón Díaz Sánchez, eds.
- GMELCH, George (1987): Work, Innovation, and Investment: The Impact of Return Migrants in Barbados. *HUMAN ORGANIZATION* 46:2:131-140.
- KUBAT, Daniel, ed. (1984): THE POLITICS OF RETURN. INTERNATIONAL MIGRATION IN EUROPE. New York: Center for Migration Studies.
- LEE, Everett S. (1969): A Theory of Migration. In *MIGRATION*. J. A. Jackson, ed. Cambridge: Cambridge University Press, págs. 282-297.
- LEEDS, Anthony (1978): PROPOSAL FOR A RESEARCH PROJECT: PORTUGUESE AND PORTUGUESE-FRENCH LABOR MIGRATION. Ms.
- MORNER, Magnus (1985): ADVENTURERS AND PROLETARIANS. THE STORY OF MIGRANTS IN LATIN AMERICA. Paris: UNESCO.
- UZZELL, Douglas (1976): Ethnography of Migration: Breaking Out of the Bi-Polar Myth. In *NEW APPROACHES TO THE STUDY OF MIGRATION*. David Guillet and D. Uzzell, eds. Rice University Studies, vol. 62, no. 3, págs. 45-54.
- BERGLUND, Susan (1980): THE «MIGRANTES IN VENEZUELA: IMMIGRATION GOALS AND REALITY, 1936-1961. Ph. D. Dissertation, University of Massachusetts.
- RICHMOND, Anthony H. (1984): Explaining Return Migration. In *THE POLITICS OF RETURN. INTERNATIONAL RETURN MIGRATION IN EUROPE*. New York: Center for Migration Studies, págs. 269-275.
- ESPAÑA: Estadística de la Migración Transoceánica por Puertos Españoles. Madrid: Ministerio de Trabajo y Previsión, 1950-1968. Datos Preliminares, Dirección General del Instituto Español de Emigración, Provincia de Santa Cruz de Tenerife.
- VENEZUELA: Venezuela 1955. Ministerio de Relaciones Exteriores, República de Venezuela.